

El puente hacia la paz

Paola Esteban



Capítulo 1

El puente hacia la paz

Paola Esteban

Los habitantes de Cordillera Dorada estaban dispuestos a todo para construir un puente que los llevara de vez en cuando a Playa Azul, donde, según les habían dicho sus vecinos de lugares cercanos, siempre había paz.

Los habitantes de Cordillera Dorada nunca habían estado en paz y ya no la conseguirían en este territorio. Eso era lo que creían.

Algunos pensaban que era culpa de la tierra, de los animales y las plantas que allí crecían y existían, que no les proporcionaban la paz suficiente.

Otros creían que era culpa del clima, siempre caluroso y a veces lluvioso, que no les hacía fácil la vida y, por tanto, ante tanta dificultad, la paz era imposible.

No lograban llegar a un consenso sobre cuál era la raíz de su problema.

¡Y es que había tanta diversidad entre ellos! Todos sus habitantes, mujeres y hombres, eran tan diferentes que parecía imposible que se pusieran de acuerdo.

El Consejo de Ancianos, que tomaba las decisiones en Cordillera Dorada, no atinaba a descubrir qué era lo mejor para hacer.

Sin embargo, tuvieron una idea: construir un puente que los llevara a un sitio donde pudieran estar en paz que tanto habían buscado. Y ordenaron a todos ponerse manos a la obra para hacerlo.

Pero en vez de colaborar con las habilidades que cada uno tenía, todos los habitantes querían ser parte del diseño.

Por ejemplo, aquellos que corrían más rápido no querían que el puente permitiera el paso de automóviles, ya que con tan sólo sus piernas llegarían más pronto que un carro.

Los que veían perfectamente en la oscuridad pensaban que poner luces era innecesario y además, costoso.

Los que nadaban como peces en el agua pedían un puente acuático para

ellos, puesto que así estarían más cómodos.

Y aquellos que podían volar pasaban todo el día batiendo aire con sus alas, ya que no estaban interesados en trabajar en un puente que no iban a usar.

El Consejo de Ancianos ordenó entonces hacer comités de convivencia confirmados por un representante de cada grupo de habilidades, pero nada se resolvió.

Los habitantes alados, cansados de perder el tiempo, como ellos decían, decidieron que se adelantarían a Playa Azul, donde siempre había paz, y pedirían ayuda a los habitantes de la zona, seguramente sabrían qué hacer.

Esta decisión provocó una violenta reacción por parte de algunos integrantes del Consejo de Ancianos, quienes vieron amenazada su autoridad. Expulsaron a los alados y éstos, con arrogancia, se marcharon.

El mar de Playa Azul era nítido y fresco. Frutas nacían grandes de los árboles y las semillas eran más que suficientes para vivir felices. Había patilla, coco y aguacate. Había incluso peces de oro puro que saltaban fuera de la superficie y parecían sonreír y había también un armadillo que hablaba.

Pero nada de esto era suficiente para garantizarles la felicidad.

Tal como sucedía en Cordillera Dorada, ninguno de los alados quería recoger las frutas, ni pescar los peces. Y los habitantes de Playa Azul, que los habían recibido con entusiasmo al principio, pronto quisieron hallar una solución para evitar que su territorio entrara en guerra.

Esa era su clave. En vez de echarlos de su territorio, lo que los habitantes de Playa Azul querían era solucionar las cosas.

Un grupo de mujeres aladas comprendió esto y quiso regresar a Cordillera Dorada para enseñarlo, pero algunos hombres no estaban de acuerdo.

Ellas, haciendo uso de la libertad con la que habían nacido, tomaron sus maletas y volvieron a su tierra nativa.

Tristemente, allí las cosas tampoco estaban mejor. La partida de los alados había dejado una profunda división. Y el caos reinaba entre sus habitantes.

Las mujeres aladas, deseosas de construir un futuro en paz para sus hijos,

hablaron:

Amigas y amigos

La paz no se encuentra en un sitio,

sino en el corazón de cada uno de nosotros.

En saber respetar y aceptar las diferencias y en comprender que ayudar al otro a vivir mejor es lo que nos mantiene unidos.

Al principio no les hicieron caso, pero las aladas comenzaron a trabajar en hacer el puente.

Al ver esto, otras mujeres y hombres se les unieron y finalmente el puente fue construido.

Llegado el momento, ninguno quería cruzar primero.

Habían convivido en tanta armonía durante la construcción del puente que tenían miedo de cambiar.

Pero las aladas nuevamente hablaron:

Recuerden que la paz es un deseo de cada uno

Y que si trabajamos día a día por ella

Podremos resolver los conflictos que siempre se presentarán.

Así, los habitantes de Cordillera Dorada llevaron su corazón en paz con la esperanza de transmitirla a aquellos que los esperaban en Playa Azul.